

---

Castrillón, S. (diciembre, 2019) "Volver a las raíces: la promoción de la lectura en América Latina". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 9 (5), pp. 26- 36.

**Título:** Volver a las raíces: la promoción de la lectura en América Latina

**Resumen:** El artículo aborda el concepto promoción de la lectura, especialmente en lo referido a las acciones llevadas adelante desde el Estado como garante de los derechos en torno a la cultura escrita y de la escuela como institución que históricamente asume dicha función. Se cuestiona la generación de programas en torno a la lectura con propósitos que la vinculan más a una actitud consumista que a una práctica social y cultural.

**Palabras clave:** Promoción de la lectura, políticas de Estado, Lectura y escuela, Lectura y mercado.

**Title:** *Back to the roots: Reading promotion in Latin America*

**Abstract:** *The article examines the concept of reading promotion it specially refers to the State actions as guarantor of rights around written culture and the place of school as an institution that historically assumes that function. The paper wonders about reading programs with purposes that link reading more to a consumerist attitude than to a social and cultural practice.*

**Keywords:** *reading Promotion, State policies, Reading, school.*

## Volver a las raíces: la promoción de la lectura en América Latina<sup>1</sup>

Silvia Castrillón<sup>2</sup>

Para comenzar quisiera plantear algunas dudas que siempre he tenido con el concepto ‘promoción de lectura’. Más allá de las actividades que realiza un mediador frente a un grupo con el propósito de animar a otros a leer, considero que la promoción de la lectura debería referirse a las acciones encaminadas a crear condiciones para un mejor acceso a la cultura escrita y que permitan transformaciones tanto a nivel de las prácticas como de las representaciones que se tienen sobre la lectura. En este sentido —lo he dicho en otras ocasiones— no creo en el oficio del ‘promotor de lectura’. Creo que muchas personas, de variados oficios y profesiones pueden ser ‘promotores de lectura’ en tanto son lectores y propician en sus diversos espacios de actuación: aula y biblioteca, especialmente, encuentros significativos y estimulantes con un texto escrito.

En sus inicios la ‘promoción de la lectura’ se planteó como una alternativa al fracaso de la escuela. Casi podría decirse que en contra de ella. Se decía que era preciso crear espacios en donde la lectura fuese despojada de toda connotación de obligación, ejercicio, esfuerzo y en donde se la asociara con el placer, la recreación y la facilidad.

Creo que aún se piensa de esta manera, sólo que ahora la promoción de la lectura hizo su ingreso a la escuela, pero se sigue manteniendo como una actividad separada de la formación en lectura y escritura, estableciendo fronteras y marcando

---

<sup>1</sup> Texto basado en la ponencia presentada en el V Congreso Internacional sobre el Futuro del Libro. Madrid, octubre 20-22, 2007.

<sup>2</sup> Bibliotecóloga de la Universidad de Antioquia. Inició en Colombia el debate sobre las políticas públicas de lectura con la creación de diferentes entidades: la Asociación Colombiana para el Libro Infantil y Juvenil, Fundalectura y Asolectura. Fue asesora de organismos internacionales en materia de lectura, escritura, bibliotecas y literatura infantil: OEA, OEI, CERLALC, UNESCO y de algunos gobiernos de países de América Latina. Jurado de Premios de Literatura Infantil: Hans Christian Andersen, Premio SM y Premio Latinoamericano Norma-Fundalectura. Ha participado como conferencista en numerosos eventos nacionales e internacionales. Autora de los libros: Modelo Flexible para un Sistema de Bibliotecas Escolares. Bogotá: OEA, 1982; El derecho a leer y a escribir. México: Conaculta, 2004 y 2015 y Buenos Aires, Argentina, 2005 y Brasil, 2011; Una mirada. Bogotá: Asolectura, 2010 y con Didier Álvarez Zapata: Biblioteca escolar. Bogotá, Asolectura, 2013. Actualmente preside la Asociación Colombiana de Literatura Infantil y Juvenil, ACLIJ. Correo electrónico: silvia.castrillon@gmail.com

diferencias entre el ‘necesario’ ejercicio del aula y la ‘superflua’ actividad de la biblioteca.

Sin embargo, para muchas personas en nuestros países la lectura no es una moda ni un adorno; para algunos, la lectura puede ser, en ocasiones, una búsqueda de sentido o una posibilidad para encontrar un mejor lugar en el mundo. De estos lectores y de los programas dirigidos a ellos voy a hablar.

El título de este artículo “Volver a las raíces...” de alguna manera pretende recordar al educador brasileño y maestro de la palabra, Paulo Freire, cuyo pensamiento considero de gran actualidad para nuestros países latinoamericanos. Voy a plantear algunas cuestiones que intentan remitirse al origen del problema.

### **Un poco de historia**

Para comenzar, y con el objeto de ubicarme en el tema *Nuevos modelos de la promoción de la lectura*, me parece necesario referirme, aunque de manera muy tangencial, a los que podrían ser, en contraposición, los viejos modelos.

Es innegable que en las últimas décadas se han realizado esfuerzos sobresalientes dirigidos a promover y a mejorar las posibilidades de acceso a la cultura escrita. Esfuerzos que, con diversos intereses, provienen tanto del sector público como del privado. Pero también es innegable que muchos tienen la percepción de que los avances han sido pocos o que por lo menos no corresponden a las sumas de dinero invertidas.

Considero que los programas que han tenido como intención la democratización del libro y de la lectura se han movido entre dos fines, que en últimas responden a un interés único.

La promoción de la lectura surgió, por una parte, como una iniciativa del sector privado interesado en ampliar el mercado del libro, y en general de los impresos, mercado que hasta el momento se limitaba al público escolar y a una élite de lectores que por lo general habían heredado esta condición en sus hogares. Esto ocurrió en momentos de una expansión de la educación sin antecedentes —hacia la década del 70 del siglo pasado— que permitió multiplicar el número de personas que aprendieron a leer y a escribir, pero para quienes la escuela no logró dar un sentido a esta habilidad recién adquirida.

La intención fue fomentar la lectura como consumo y para ello los lemas centrales fueron el placer, lo lúdico y lo recreativo. Muchos bibliotecarios y algunos maestros se adhirieron a estas consignas y fue cuando se crearon salas infantiles de lectura en las bibliotecas públicas y se configuró la profesión o el oficio de promotor de lectura como el de aquella persona que, sin ser necesariamente lector, contaba con un bagaje de técnicas y estrategias mediante las cuales pretendía presentar la lectura como una nueva forma de diversión, lo cual es, de hecho, contradictorio. Fue la época —aún no superada— de eslóganes, consignas y lemas que pretendían ‘poner de moda la lectura’; que la asociaban siempre con algo que no lo es, y en la que no importaba qué se leyera, lo importante era leer. Consigna de actualidad en algunos de los planes de lectura de la región.

Posteriormente, se empezó a relacionar la lectura con los niveles de desarrollo económico de un país y con exigencias de la democracia de contar con ciudadanos más informados, con mejores posibilidades de vivir en comunidad y más conocedores de sus deberes. De esa época —tampoco superada— contamos con numerosos documentos que le otorgan a la lectura poderes transformadores. Se constituyó en propósito de algunos gobiernos formar lectores útiles al país y a la sociedad, formar lectores para formar ciudadanos, formar lectores que contribuyeran al desarrollo económico y que se pudieran incorporar de manera más eficiente al mercado laboral, lectores que, a la larga, podrían asegurar su condición de productores y, por consiguiente, de mejores consumidores.

Ambos propósitos, el del placer y el de la ciudadanía, en mi opinión se inscriben dentro de la lógica de una sociedad de consumo. En el primer caso la lectura se ha venido promoviendo como algo de lo que fácilmente se puede prescindir, como un lujo de elites que se quiere expandir, como lectura ‘recreativa’ y, por lo tanto, superflua. En cuanto al segundo propósito no es claro que el acceso a la cultura escrita permita fortalecer democracias amenazadas por poderes que se imponen mediante la repetición constante de falsas consignas y por la fuerza de las ilusiones que ofrece el consumo.

Tampoco es claro que en nuestros países haya una relación directa entre formación, títulos académicos —lo que puede traducirse en lectura—, por una parte, y

oportunidades de trabajo, por otra. Las altas tasas de desempleo profesional, así como el éxodo de profesionales latinoamericanos competentes lo comprueban.

A pesar de lo anterior se siguen invirtiendo sumas en ocasiones considerables en proyectos de promoción de lectura que por lo general se gastan en campañas cuyos resultados son muy dudosos. En 1999 —y no creo que la situación sea hoy diferente— en la Feria del Libro de Granada el escritor José Saramago decía, no sin razón: “Creo que se gasta mucho dinero y esfuerzo aquí y en todo el mundo en actuaciones dudosamente eficaces. Me gustaría saber cuáles han sido los resultados concretos de cualquier campaña a favor de la lectura. Sospecho —y me inquieta mucho pensarlo— que, en el fondo, lo que cuenta es la campaña en sí. Hacer la campaña”, y más adelante concluía: “¿Campañas para la lectura? Vale, pero sin olvidar hacer un debate muy serio en la sociedad —no sólo en España— sobre si la escuela está preparando o no a los ciudadanos para la lectura, la comprensión, la inteligencia, el pensamiento...”. (Saramago, 2007, pp. 43-53).

Es este el primer interrogante que deseo dejar planteado. En parte pienso que regresar al origen sería preguntarse por el papel que la sociedad está poniendo en manos de la escuela y las condiciones con que ella cuenta para lograrlo. O tal vez sería mejor preguntarnos si la sociedad está interesada en que la escuela tenga como propósito la inclusión en la cultura escrita de la mayoría de la población. Pero la educación parece hoy obedecer a lo que ha denominado las ‘demandas de la sociedad’ que sólo lo son las de un grupo de la sociedad con el suficiente poder para imponer sus intereses particulares.

La denominada crisis de la lectura, la preocupación por los resultados de encuestas sobre el comportamiento lector que desde hace unas décadas se han venido aplicando en la región y por el desempeño de los estudiantes en pruebas nacionales e internacionales, el declive de las ventas del libro de texto escolar han puesto a la escuela en el centro de las responsabilidades y la han convertido en víctima de numerosas propuestas que le llegan desde el exterior, sin orden ni concierto, y que incrementan su ya excesivo activismo. Los maestros reciben estas propuestas con la esperanza de que en alguna se encuentre la solución milagrosa a la supuesta crisis — falsa ilusión— pues ellas no se orientan hacia una transformación de la pedagogía de la lectura y la escritura que permita una verdadera formación de “ex alumnos lectores”,

de acuerdo con expresión de la argentina Delia Lerner (2001). Además, los maestros tampoco están muy seguros de que alfabetizar en un sentido amplio, es decir, formar personas con posibilidades de hacer uso de la escritura, sea un objetivo deseable.

También está de moda invertir en bibliotecas: grandes edificios ganadores de premios de arquitectura, construidos con la esperanza de dejar una huella que se le empieza a negar a los libros, se están construyendo en numerosos países de América Latina y en el resto del mundo. Pero, me pregunto, ¿son este tipo de acciones las que necesita una verdadera democratización de la lectura? No niego que la importancia dada a las bibliotecas de alguna manera repercute en la democratización de la cultura escrita. En ellas ocurren —si en su interior hay bibliotecarios sensibles y convencidos de la importancia de la lectura— hechos que permiten que algunas personas descubran el valor de la palabra escrita. Pero, en muchos casos, esas bibliotecas se conciben como espacios que poco tienen que ver con la democratización de la escritura, su dotación en libros es tal vez la última preocupación de quienes las proyectan y las áreas destinadas a computadores hacen de ellas los mejores cafés-Internet gratuitos.

No quiero generalizar ni dejar la impresión de que las magníficas bibliotecas de algunas ciudades de Latinoamérica son inversiones inútiles. No lo son. Pero en ocasiones los mejores programas de lectura, funcionan en pequeñas bibliotecas de barrio, populares, que constituyen verdaderos espacios públicos que las comunidades hacen suyos con más facilidad y en donde ocurren experiencias de apropiación de ese bien público que debería ser la cultura escrita más significativas y duraderas.

Pero lo habitual es que la mayoría de las experiencias de promoción de lectura proponen una práctica de lectura individual, solitaria, particular, aunque ellas se realicen en grupos con niños y jóvenes. Estas prácticas por lo general se estimulan mediante la consigna, el eslogan, y plantean casi siempre la lectura como consumo, como diversión, como actividad intrascendente y como espectáculo.

En contraposición, las prácticas sociales que tienen como eje el diálogo, la conversación y la escucha, que permiten la puesta en común de experiencias de lectura y escritura y que estimulan el debate, realizadas en grupos en los que todos participan en igualdad de condiciones son, en mi opinión, alternativas para el descubrimiento del valor que la lectura y la escritura pueden tener para las vidas de

jóvenes que nacen y crecen en hogares sin libros y con padres analfabetos, en donde en muchas ocasiones la lectura es vista como una actividad que no les concierne e incluso pernicioso. De acuerdo con el sociólogo de la Universidad Nacional Autónoma de México, Gregorio Hernández Zamora, la apropiación de la palabra escrita para una gran mayoría de mexicanos —y latinoamericanos— se da en “conversaciones sociales que sólo tienen lugar fuera del espacio íntimo del individuo y su familia” e implica “tener algo que decir y entrar al espacio público de las conversaciones mediadas por lo escrito”. (Hernández, 2004).

### **Pequeñas experiencias transformadoras**

En octubre de 2007 la investigadora francesa Michèle Petit visitó Colombia para presentar tres conferencias en diferentes contextos. En todas ellas Michèle expuso experiencias que se realizan en diversos países: México, Argentina, Brasil, Colombia, España, Francia. Su mensaje, si se me permite resumirlo, podría ser el de que son estas pequeñas experiencias las que están logrando verdaderas transformaciones, las que están permitiendo apropiaciones reales de la escritura para muchos excluidos, no sólo de la cultura escrita sino de otras posibilidades que la sociedad no les garantiza. Esfuerzos realizados en contextos muy difíciles, de crisis, por razones de miseria o de violencia por mediadores que, según sus propias palabras,

...trabajan sin tregua porque están convencidos de que los recursos culturales, lingüísticos, narrativos, poéticos son tan vitales como el agua [...]. La mayor parte del tiempo, sus saberes y sus experiencias circulan mal y eso es una pena. Pena para los investigadores y para los mediadores de otros lugares, incluida Europa. Nosotros los europeos ganaríamos si conociéramos mejor lo que se intenta en otras regiones del mundo. (Petit, 2007)

Son estas experiencias en las que los mediadores mismos forman parte de las comunidades interesadas en crear condiciones de acceso a la cultura escrita. Son proyectos no asistenciales, no paternalistas, que no admiten oportunismos ni apropiaciones por parte de intereses particulares de ninguna naturaleza en los que se crean espacios de libertad, de escucha atenta del otro. En palabras de Michèle Petit son “una escuela de la atención dedicada al otro y al otro sexo” y en donde, según ella, sin embargo, “lo colectivo no mata al sujeto” (2007).

Tal vez son estos los únicos espacios en los que aún, en países como el mío, es posible un diálogo sin autoritarismo, pero sin concesiones, como por ejemplo, la del pretendido respeto por las prácticas populares de lectura, la supuesta valorización de las lecturas ordinarias, que sólo demuestran un menosprecio por las capacidades y las ambiciones de lectura de estos sectores.

Quienes nos reunimos en eventos, simposios, seminarios, congresos tratando de encontrar la fórmula adecuada para lograr que ‘otros lean’, nos hemos llevado más de una sorpresa cuando descubrimos cómo en ocasiones algunos sectores de clases populares establecen lazos y arman grupos de jóvenes o de adultos, acompañados siempre por un mediador que surge de ellos mismos, en los que buscan descubrir el valor que la lectura y la escritura puede tener para sus vidas y el valor de lecturas denominadas ‘canónicas’. O cuando se reúne un grupo de madres para organizar bibliotecas populares pues tienen la intuición de que en ellas podría encontrarse una posibilidad para mejorar la vida de sus hijos, de *salir adelante*, según una expresión muy popular. Son estos espacios en donde la ilusión de superar situaciones de pobreza y marginación, de mejorar sus condiciones de vida, las ganas de aprender y de saber propician el descubrimiento de la lectura.

Sin embargo, quienes participan en esos espacios de lectura y escritura no son ilusos. Saben, o por lo menos lo intuyen, que la lectura no les va a resolver sus problemas, pero que posiblemente sí les dará alternativas para conocerlos, entender su origen y enfrentarlos de diversas maneras; los relatos de otros les permitirán construir sus propias biografías, o tal vez encontrarán formas diferentes de vivir en un mundo que sólo los convoca como consumidores y como seres adaptados a circunstancias que no pueden transformar. Por nuestra parte, seríamos ilusos si pensamos que estas experiencias van a transformar el mundo, que se van a generalizar y que por este camino se va a lograr una universalización de la cultura escrita.

Pienso entonces que es preciso apostarle a la excepción, a las acciones particulares, comunitarias, a la organización de la sociedad civil, a la capacidad de algunos maestros y bibliotecarios sensibles y conscientes de crear espacios alternativos aún al interior de los tradicionales, sean estos la escuela o la biblioteca. Espacios necesarios, por ejemplo, para los jóvenes que buscan un lugar en el mundo, que

desean comprenderlo, espacios para, según palabras de Graciela Montes: abrir una brecha, una grieta y encontrar un rumbo.

Creo tener razones para afirmar que ganaríamos mucho si inscribiéramos los programas de fomento de la lectura y la escritura en proyectos que permitan verlas como prácticas necesarias a los seres humanos y a la sociedad. Pero, esta tarea de crear las condiciones para el descubrimiento de la lectura y la escritura como alternativas para ser y estar en el mundo, como formas de expresión de sí mismos, como posibilidades de intervención corre muchos riesgos, especialmente el de idealizarlas y convertirlas nuevamente en consignas. La lectura, por sí sola, no va a resolver los graves problemas de carácter económico, social y ético que afectan a las sociedades latinoamericanas. La lectura no garantiza grandes transformaciones, sólo es un instrumento más, una posibilidad entre otras, que como muchos otros bienes, es preciso distribuir más equitativamente.

### **Pero, y entonces, ¿cuál es el papel del Estado?**

Quisiera aquí regresar a las palabras de Saramago anteriormente citadas y no creo superfluo repetir las: “¿Campañas para la lectura? Vale, pero sin olvidar hacer un debate muy serio en la sociedad —no sólo en España— sobre si la escuela está preparando o no a los ciudadanos para la lectura, la comprensión, la inteligencia, el pensamiento...”. (Saramago, 2007, pp. 43-53).

¿Está el Estado interesado en hacer de la escuela un espacio para la democratización de la lectura y la escritura? ¿O simplemente esta meta, nunca cumplida, es ya obsoleta para muchos? Lo que vemos es que la escuela se está convirtiendo en una especie de instituto tecnológico en donde se adquieren, ojalá muy rápidamente, las destrezas que permiten manipular las llamadas nuevas tecnologías, al tiempo que forma ciudadanos adaptados, competentes y productivos. ¿Es por ello tal vez por lo que las palabras biblioteca, libro, lectura, escritura figuran apenas de manera tangencial en planes, políticas y proyectos educativos? ¿Y es por ello también por lo que los maestros hacen eco a esas propuestas cuando estas ausencias no les preocupan?

Pero tal vez también habría que replantear el trabajo de la biblioteca mediante la apertura de espacios de reflexión sobre su papel como medio para verdaderas

apropiaciones por parte de toda la población. El trabajo con niños, jóvenes y adultos que permita el descubrimiento de la lectura y la escritura como posibilidades para encontrar sentido, como medios de reflexión, de formación del juicio crítico, es un trabajo en contravía de todo lo que la sociedad de consumo, industrializada, de la información, del conocimiento, como eufemísticamente se la denomina, propone. Pero es sabido que todos los trabajos que pretendan mínimamente formar seres conscientes, autónomos, con capacidad para el juicio, para la crítica, para interesarse por la historia, para plantearse otras maneras de ver el futuro, para la acción y para la transformación, son necesariamente trabajos subversivos, mal vistos, no acordes con los tiempos presentes ni con los intereses que se imponen a los niños y a los jóvenes con fines domesticadores.

En conclusión, pienso que la sociedad está en mora de hacer un debate serio acerca de la necesidad de la inclusión universal a la cultura escrita. El mundo está en deuda con millones de personas, niños, jóvenes, adultos a quienes se ha negado, de diversas maneras, el derecho a leer y a escribir; la primera de estas maneras es la de no garantizar para todos, una escuela de calidad, que no sólo se ocupe de formar trabajadores y ciudadanos adaptados, y consumidores, sino seres humanos para quienes la lectura y la escritura sean herramientas fundamentales. Es preciso considerar la lectura como necesidad para todos y, por lo tanto, como derecho al que el Estado debe responder con escuelas dotadas de condiciones para formar lectores, es decir, escuelas con maestros lectores bien formados y con bibliotecas escolares y, también, bibliotecas públicas que permitan un acceso libre y gratuito a los libros y la lectura que son patrimonio de la humanidad y que no le teman a centrar sus actividades en el libro y la lectura.

El reconocimiento y apoyo de las experiencias particulares que mencioné antes es también responsabilidad del Estado. Pero este reconocimiento debe basarse en el respeto por su autonomía.

Para garantizar lo anterior se precisaría la formulación de políticas públicas de lectura y escritura asociadas a las políticas de educación y de cultura, de largo plazo, que trasciendan un gobierno o una administración, políticas, que no son planes, ni campañas, ni festivales, sino la decisión de trabajar en serio contra la exclusión de la cultura escrita, atacando las raíces de esta exclusión, yendo a los orígenes.

## Referencias bibliográficas

Hernández Zamora, G. (2005). "Pobres pero leídos: la familia (marginada) y la lectura en México". En: Asolectura, De Antología, IV. Bogotá, 2005.

Lerner, D. (2001) *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura Económica.

Petit, M. *Lo mío lo tomo siempre de otras manos*. Conferencia presentada en Pereira, Colombia, el 3 de octubre de 2007.

Saramago, J. (2007). *Palabras para un mundo mejor*. Bogotá: Secretaría de Cultura, Recreación y Deportes.